

CAPÍTULO 5

Conclusiones generales

AMÉRICA LATINA
TIERRA MALUÑA
TIERRA DE MÁRTIRES
GUATEMALA
COLOMBIA
EL SALVADOR
ARGENTINA

15 DE DESAPARECIDOS
COLOMBIA
TIERRA RESISTENTE Y PROTESTA
POR VERDAD JUSTICIA Y PAZ
ASFADES
25 ASES
TIERRA LINDA DEL COLO

En cuanto al conflicto colombiano y las víctimas

En la primera parte de este documento se planteó que los principales factores de la violencia y de la agudización del conflicto en Colombia tuvieron que ver con las prácticas violatorias de los derechos humanos contra la población no combatiente, la continuidad de la guerra de guerrillas de parte de las Fuerzas Armadas y la conformación de las organizaciones paramilitares apoyadas por hacendados y algunos sectores relacionados con el narcotráfico. En el caso de la masacre ocurrida en la población de Trujillo, norte del Valle del Cauca, se puede ver cómo confluyen estos tres factores; pero, fundamentalmente, se ha señalado que fue el resultado de la conformación de una estrategia político-militar auspiciada por actores sociales armados y no armados, algunos vinculados a la clase política, lo cual generó una descomposición del conflicto, un cambio en la confrontación con las expresiones guerrilleras y que involucró de lleno a la población civil no combatiente. Se pretende desde esta estrategia combatir la lucha insurgente, minando las bases sociales que pudieran estar en línea con las pretensiones de cambios estructurales en el país, se criminaliza la lucha social, la defensa de los derechos humanos y las diferentes expresiones contrarias al *statu quo* vigente, que se comprometió con los ajustes sociales, políticos y económicos de las políticas neoliberales de corte transnacional, como se mostró en el primer capítulo.

En medio de esta situación, se encuentra principalmente el campesinado, comunidades indígenas y afrodescendientes de la nación, quienes se vieron amenazados tanto por el conflicto armado como por las políticas económicas y sociales que vinieron con los ajustes mencionados. Lo que se concluye es que la evidencia apunta a que ha habido una mezcla de causas relacionadas con el conflicto armado en Colombia y que entre ellas están las pretensiones económicas de grupos nacionales e internacionales, que han agudizado el conflicto y no han permitido que se avance en la negociación política del mismo, con el agravante de que han dejado a una gran cantidad de personas sin tierra y desplazadas, que van a engrosar los cinturones de miseria de las principales ciudades del país. Una de las consecuencias directas de esta estrategia, además del asesinato de personas de las comunidades vulneradas, es el despojo de las tierras y el desplazamiento de los territorios en donde se ubican estas comunidades.

Si bien es cierto que la victimización ha marcado a las diferentes víctimas en forma similar, por el daño sufrido en sus vidas y en su entorno, esta se ha dado en diversas circunstancias, con diferentes efectos, en el contexto amplio del conflicto, y ha involucrado distintos móviles, lo cual lleva a diferenciar a las víctimas y no considerarlas a todas iguales, en una forma abstracta, aunque así se pretenda en el marco de la ley y desde una narrativa oficial que se va construyendo alrededor del conflicto y de las víctimas. Frente a esta narrativa oficial se va proponiendo una narrativa crítica desde las víctimas, como se ha logrado hacer con Afavit.

Hacer la diferenciación entre las distintas víctimas implica afianzar su perspectiva como sujetos sociales, pero no en un sujeto abstracto sino concreto en la medida en que se ubica en condiciones sociales, políticas y culturales específicas, que le diferencian de otros actores sociales y también en la medida en que se propone un discurso propio alrededor de esas condiciones y se construye una narrativa alrededor de su memoria colectiva. Lo anterior se plantea desde la opción como sujeto y no solo como resultado de una condición de ser víctima, aunque este sea un

punto de partida común, una “marca”. Una postura generalizadora, en cuanto a la forma de ver a las víctimas, oculta las razones de las victimizaciones, a quienes las causaron y la víctima termina convirtiéndose en un “sacrificio” necesario para la solución del conflicto social y armado.

En cuanto a Trujillo y el surgimiento de Afavit

Mientras las víctimas se acomodan a esta perspectiva generalizadora, no hay mayor problema, pero cuando se van constituyendo en un sujeto social con voz propia y alternativa, parece que se constituyen en un “obstáculo” para la solución o superación del conflicto. De allí que algunas veces las víctimas son nuevamente victimizadas, es decir, revictimizadas, como se mostró con el caso de Afavit, y esto se da principalmente cuando las víctimas asumen una perspectiva crítica, que confronta a los que han propiciado su victimización o al Gobierno mismo. Si bien la masacre en Trujillo ocurrió alrededor de los años noventa, luego ocurrieron nuevos hechos de revictimización que pretenden acallar las voces de denuncia y las acciones de resistencia, como fue el caso del asesinato de la líder y fundadora de Afavit conocida como Chilito, en el 2013.

Por muchos años las víctimas en Colombia estuvieron prácticamente ausentes de las discusiones y de los intentos de superación del conflicto armado, entre el Estado y los diferentes grupos armados y combatientes. No había espacio para este sujeto llamado “víctimas” en la reconstrucción de un nuevo país. Pero es allí en donde la voz de las diferentes víctimas, desde sus diferencias, se va haciendo escuchar y generando espacios de diálogo y confrontación, en algunos casos, con sus propias narrativas frente a una narrativa generalizadora. En todo esto juega un papel fundamental la construcción de la memoria colectiva de este sujeto social, conforme se fue mostrando en el presente trabajo, a partir del surgimiento de Afavit.

En Trujillo se unieron diversos intereses, con el afán de derrotar militarmente a los grupos insurgentes presentes en la región y sobre todo como respuesta a las diferentes acciones de estos, que venían causando daño a las Fuerzas Militares. Esta amalgama de actores sociales, combatientes y no combatientes, atentaron de una forma cruel contra la población civil, creyendo así conseguir sus diversos intereses; sobre todo se mostró cómo la victimización golpeó a las comunidades campesinas, rurales como del pueblo, y su proyecto de organización social y económica en torno a la creación de cooperativas impulsadas desde el trabajo y el liderazgo del padre Tiberio Fernández.

La masacre ocurrida en Trujillo, abarcó una serie sistemática de asesinatos y desapariciones en varios momentos y ubicaciones, pero obedeció a una misma intencionalidad y se inscribe en una dinámica nacional de agudización y mayor complejidad del conflicto armado. En general, las masacres ocurridas en medio del conflicto en Colombia se constituyeron en un aspecto muy grave del conflicto y mostró el lado más cruel del mismo, llevando a acciones inimaginables de violencia en contra de la sociedad civil¹⁰⁴.

En Trujillo el pico de esta situación se dio en el año 1990, que es cuando ocurre el asesinato del sacerdote Tiberio, tipificado como un asesinato selectivo, y que va a marcar de una forma especial la memoria de la comunidad convirtiéndose en un relato fundante para Afavit. Los paramilitares justifican su asesinato por ser “colaborador de la guerrilla”, como hicieron con otras de las víctimas de la población civil. Se constató, también, la vinculación directa de miembros de las FF. AA. y de otros actores de la región, de tal forma que se plantea como parte de una estrategia en la cual participan agentes del Estado con el fin de ejercer un control territorial y social sobre la población campesina, en este caso.

104 Como se mencionó en el informe del Centro de Memoria Histórica sobre el caso Trujillo, el conflicto en Colombia fue una expresión de una “guerra de masacres” que entre los años de 1982 y 2007 registraron más de 2.500 de estas acciones (CNRR, 2008, p. 11).

Las masacres implican una “culpabilización” de la comunidad y una estigmatización de esta, además de la desarticulación de los lazos sociales que la mantuvieron unida, creando una forma de “trauma” social complejo. El sentido simbólico, semiótico, transmitido por la masacre, intensifica el trauma causado en la población y acrecienta el poder social, político y económico del sector que las impulsa, específicamente para el caso de los paramilitares y de quienes los patrocinaron. Las masacres en Colombia son una expresión de la reconfiguración de la sociedad colombiana, caracterizada por la profundización del conflicto armado, la polarización social y que tiene, entre sus propósitos, el control político-social de las “comunidades subalternas”, principalmente campesinado y comunidades relacionadas con el agro, y de sus territorios.

Para las víctimas de Trujillo, asociadas en Afavit, quedó plasmada en la memoria colectiva la forma en que se victimiza al padre Tiberio, transmitiendo inicialmente a la población un sentido de desarticulación y desesperanza al perder a uno de sus líderes; los perpetradores arrancan literalmente su cabeza y lanzan su cuerpo al río, afianzando este mensaje. Paradójicamente, a través de la construcción de memoria, las víctimas resignifican este hecho victimizante en un símbolo de resistencia y esperanza, partiendo del trasfondo religioso y cultural de la comunidad, intentando así dar vuelta a la expresión traumática del mismo.

El ejercicio de construcción de memoria emprendida por Afavit va fundamentando un discurso, en un sentido amplio, frente a los hechos victimizantes, en medio del temor y las amenazas, pues debido a la vinculación de agentes del Estado y el control territorial de los victimizadores, se hace difícil y peligroso asumir la construcción de la memoria y la búsqueda de justicia. La cuestión anterior hizo necesario buscar la ayuda de organismos internacionales para su acompañamiento y el esclarecimiento de los hechos.

Como uno de los resultados de lo anterior, en el 2016 se recibe nuevamente a un representante del Gobierno nacional para

reiterar los compromisos con las víctimas de parte del Estado y su responsabilidad, compromisos que vienen de años anteriores y que siguen siendo parte de la lucha de las víctimas para que se cumplan. En medio de estos años, la Asociación construyó un camino de memoria y de lucha por ver cumplidos los compromisos iniciales hechos por el Gobierno, a instancias de la CIDH, y para que los hechos ocurridos no quedaran en el olvido y en la impunidad. Si bien el nuevo acuerdo de solución amistosa reconoce ciertos avances en los procesos de judicialización de los responsables de los hechos, igualmente es consciente de sus limitados alcances y de algunas dificultades; por lo tanto, se compromete nuevamente al Gobierno colombiano a conformar un grupo de trabajo especializado para que dé prioridad a las actividades investigativas relacionadas con el caso.

En cuanto al discurso de las víctimas y la construcción de memoria

Partiendo del análisis de los discursos de Afavit, formulados en diferentes momentos y formas, se pudo constatar que, así como los perpetradores de la victimización desarrollan sus propias expresiones simbólicas y discursos para justificar sus acciones no solo en el caso de Trujillo sino en el contexto más amplio del conflicto en Colombia, así la población victimizada va desarrollando sus propias expresiones simbólicas y discursos a partir de la construcción de la memoria colectiva y de sus prácticas como un sujeto social que emerge y grita.

La mirada realizada a algunos de los procesos de sistematización de la memoria en el país dejó ver que el esfuerzo por consolidar este discurso fue creciendo y tomando más importancia no solo para las víctimas sino para la sociedad en general, a tal punto que el esfuerzo queda plasmado en algunas de las leyes que acompañan los procesos de reinserción de victimarios y reparación de las víctimas, principalmente. Los procesos de memorización, tanto gubernamentales como no gubernamentales, cubren una

gran diversidad de metodologías, enfoques y categorías, como se señaló en la investigación. Estos esfuerzos de construcción de memoria pueden acompañar y estar vinculados a procesos desde las víctimas y sus organizaciones o pueden estar principalmente dirigidos a construir una narrativa del conflicto en Colombia, más amplia y ligada a la investigación académica. Ambas perspectivas pueden complementarse, y en algunos casos confrontarse, pero han enriquecido las miradas acerca del conflicto y de la memoria alrededor de este. Principalmente, el discurso sobre la memoria se fue articulando tanto a procesos sociales relacionados con la lucha de las víctimas como a procesos e iniciativas gubernamentales y académicas.

En la construcción de memoria, desde Afavit, se presentan esfuerzos en lo gubernamental y en lo no gubernamental, en lo nacional y en lo internacional, desde lo académico y desde el movimiento social de víctimas. Pero por el lado de las organizaciones de víctimas, principalmente, el discurso de la memoria ha sido útil en dos dimensiones: en el esclarecimiento de los hechos ocurridos y en la lucha por sus derechos. Así mismo se fue relacionando con la consolidación de las asociaciones y las agrupaciones de víctimas que se fueron conformando a lo largo del territorio nacional.

Desde el ámbito institucional el discurso de la memoria se plasmó en la creación de organismos especializados y con un mandato específico para la construcción de dicha memoria; el trabajo del GMH se fue cristalizando en investigaciones a partir de casos y en un informe general del conflicto. Por otro lado, se dio la formulación de dos leyes relacionadas con el conflicto, en donde el tema de memoria está presente, aunque no necesariamente con el impacto que las víctimas esperaban. Todo este trabajo de memoria se fue haciendo, y se sigue haciendo, dentro de un contexto conflictivo, aunque con diferentes expresiones, y de allí el riesgo que se asume de parte de las víctimas quienes —como también se constató— experimentan la revictimización en diversas formas. Este riesgo lo asumen, igualmente, quienes acompañan

a las víctimas en estos procesos, de allí que la construcción de memoria en Colombia ha sido difícil y un lugar de confrontación social y política.

En los últimos años, desde 2012, el discurso sobre la memoria se hace presente en medio de las negociaciones entre el Gobierno y la guerrilla de las FARC y en una creciente aspiración por la superación del conflicto armado en Colombia. La inclusión y la presencia de varias delegaciones de víctimas en las conversaciones de La Habana dejó ver un impacto de los procesos de memorización y de organización de las víctimas en Colombia, aunque con varias perspectivas, ya que las víctimas no todas piensan igual y no tienen el mismo discurso acerca del conflicto y de la reconciliación; a pesar de todo, las víctimas ven en la construcción de la memoria un aliado importante y un derecho fundamental. Así mismo lo consideraron el Gobierno y las FARC-EP, quienes impulsaron en medio de los diálogos la conformación de una comisión para explorar las causas históricas del conflicto y que pudieran iluminar las acciones que se debían tomar en el Acuerdo.

En la presentación del informe de esta comisión se puede ver una tensión entre dos formas de concebir las implicaciones de la memoria en el contexto del conflicto colombiano. Por un lado, una visión más negativa en donde se concibe solo el lado traumático de la memoria y como un factor que puede aún reforzar el conflicto mismo. Y otra visión en la cual se reconoce un aporte más propositivo de la memoria, aunque no menos complejo, en la búsqueda de una salida negociada del conflicto, y del papel que juegan en ese sentido las víctimas, a pesar de su diversidad. Entonces, la construcción de memoria se constituye en un lugar de disputa, no solo en el ámbito social y político sino también ideológico y cultural, y se va desde el extremo de verla como algo contraproducente para la reconciliación hasta el punto de considerarla como el factor determinante para la misma.

El recuento realizado sobre los aportes académicos de los estudios de la memoria colectiva, que no pretendió ser exhaustivo debido a la magnitud de su producción, se centró en la discusión

del para qué de la memoria y cuál sería su aporte para la propia investigación sobre el sujeto social llamado “víctimas”. En dicho recuento se consideraron diferentes posiciones que confrontan la memoria cultural y la comunicativa, la memoria social y la memoria histórica, la individual y la colectiva, pero fundamentalmente se fue constatando la posibilidad del riesgo de una institucionalización de la memoria, a la par que se da la construcción colectiva de la misma. Este riesgo, o peligro, está presente en la elaboración de la memoria colectiva cuando hay la pretensión de la elaboración de un discurso único acerca del pasado común de una comunidad o de un grupo social. Como se mencionó, las “políticas de la memoria” se expresan en memorias oficiales, mientras que en las memorias colectivas los sujetos sociales emergentes van construyendo sus propios relatos sobre el pasado, partiendo de las memorias individuales, de los testimonios y de información acumulada.

Estas “políticas de la memoria” entran en confrontación con las memorias emancipadoras, aunque en algunos casos se puede dar una complementación entre ellas. La complementación entre estas dos formas de memoria podría darse con más probabilidad en lo que se plantea como memoria traumática, aquella memoria del dolor que fundamentalmente se relaciona con los procesos de victimización y sus efectos en las víctimas y de la cual se dieron varios ejemplos y posibilidades. Es en el terreno de los daños causados donde se puede encontrar un mayor acuerdo entre las perspectivas de las víctimas y la visión construida desde lo oficial y desde lo académico.

La confrontación, por otro lado, se encuentra principalmente en aspectos como las causas y los actores responsables de la victimización, así como en los propósitos y consecuencias resultantes de la construcción de memoria. Pero es en el ámbito de la dimensión simbólica de la memoria en donde se puede expresar en una forma más radical esta confrontación. Para algunas de las víctimas no se trata solo de buscar una “memoria histórica” para así cumplir con una “reparación simbólica” sino que, a partir de

la diversidad de memorias, incluyendo aquellas no institucionalizadas, se reconozca el lugar de las víctimas en el proceso de recuperación de sus proyectos truncados por la victimización y una reparación integral que lo permita.

Se plantearon tres dimensiones de la memoria colectiva, a partir de las cuales se hizo el análisis de los discursos: material, funcional/social y simbólica. Cada una de estas dimensiones hace su aporte específico en lo que se llamó la memoria colectiva, o que podría constituirse en una “memoria colectiva”, tal como se planteó en el marco teórico. Las tres dimensiones están presentes tanto en la memoria individual como colectiva y al cruzarlas permiten centrarnos en tres formas o tipos de memoria: la histórica, la social y la cultural. Cada una de las dimensiones planteadas, a su vez, tiene una serie de subcategorías con las cuales se puede determinar su presencia en los discursos, de allí surgió la matriz desarrollada para el análisis de estos.

Memoria colectiva y la constitución del sujeto social

La relación planteada entre la construcción de la memoria y la identidad colectiva del sujeto social surge en la medida en que la colectividad se involucra en un proceso social que va posicionando, frente a otros sujetos sociales, un discurso y entrando en una confrontación ante las otras construcciones de la memoria. Se va a reconocer que habrá una confrontación en el terreno de la memoria que implicará una decisión ética, frente a los discursos y narrativas construidas de lado y lado, con criterios más amplios que la memoria misma y que incluirá temas como la justicia, la verdad, la reparación y la superación de las condiciones de victimización, como derechos de las víctimas, así como también un horizonte de reconciliación y de la superación de las causas del conflicto y de la confrontación entre las partes involucradas en el mismo y entre víctimas y victimarios. La memoria se va constituyendo

en una perspectiva utópica para la vida y la sociedad, como parte de la constitución del sujeto social que asume un horizonte por el cual luchar, como resultado de la construcción de memoria.

La memoria se plantea como un lugar de disputa en sí mismo, pero, a la vez, como un horizonte y una utopía por la cual el sujeto social, la “comunidad anamnética”, debe luchar en el terreno de lo social, lo político y lo cultural, así como por su apropiación de la realidad en una relación compleja entre presente-pasado-futuro. Esta relación que se da en el terreno de la memoria, la experiencia y la utopía, es un “núcleo constituyente”. Su viabilización va a implicar criterios objetivos, tanto como subjetivos, que el sujeto va cristalizando en sus discursos como en sus prácticas en un horizonte social tan amplio como se quiera, que desde la perspectiva desarrollada se planteó como un horizonte de vida y muerte, como una contradicción fundamental que sintetiza los anhelos de las víctimas y su principal lucha. Esto se mostró a partir de los discursos de las víctimas asociadas en Afavit y a partir de allí se conecta con un horizonte nacional más amplio.

Desde este horizonte la construcción de memoria, desde el sujeto social “víctimas”, se constituye en algo “no calculado” para la construcción de la memoria oficial; así lo son sus reclamos frente a la exclusión y la revictimización a la cual se enfrentan, sus propuestas ante los diálogos de paz y la construcción de un horizonte de reconciliación en donde primen los derechos a la verdad, la justicia y la reparación antes que los intereses del Gobierno o de los actores armados inmersos en el conflicto. Este grito de las víctimas, como sujeto emergente, a veces estorba a una sociedad que prefiere mantener sus oídos cerrados ante sus reclamos. Una sociedad que quiere ver a las víctimas como meros objetos de reparación y no como sujetos de sus derechos y menos como denunciantes de los hechos victimizantes y de sus responsables.

La construcción de memoria, unida al planteamiento de un horizonte utópico, se va articulando en un discurso, como formación discursiva u operación simbólica, desde la diversidad propia

del sujeto, pues no se pretende que sea homogéneo. Ahondando en la relación memoria y discurso, en el marco de la conformación del sujeto social, esta se da en tres grandes planos: el de la necesidad, el de la experiencia y el de la proyección, los que a su vez se interrelacionan con las dimensiones expuestas para la memoria y así se completa la matriz de análisis que se ha planteado para los discursos de las víctimas, como una comunidad anamnética o del recuerdo. Estos discursos constituyen, pues, una memoria semántica colectiva para esta comunidad anamnética, dándole un carácter o dimensión comunicativa a la memoria, lo que algunos ubicarían como un puente entre la memoria comunicativa y la memoria cultural.

La matriz propuesta para el análisis de esta memoria (semántica) colectiva se concentra en los discursos, directos y mediados, como vehículo de dicha memoria del sujeto y en las tres dimensiones planteadas —material, funcional/social y simbólica—, y en cada una de ellas se desglosa en una serie de cuestiones o subcategorías por analizar en cada uno de los discursos y así conformar una visión del sujeto social. A partir de los elementos del análisis crítico del discurso (ACD), que considera el ejercicio del poder en sus diferentes dimensiones¹⁰⁵ como una noción central del discurso, vemos la función de la memoria colectiva de mediación entre realidad y discurso. Por lo tanto, en el análisis del discurso se dispuso una especial atención a los códigos, símbolos e “imágenes” que va usando el sujeto para interpretar su realidad, sus relaciones, sus proyecciones y así construir su memoria. Se planteó, en esta perspectiva, que hay un discurso sobre la memoria

105 Por lo menos hay cuatro dimensiones del poder: (1) la personal, el poder como atributo de la persona como potencia y capacidad; (2) la capacidad de un sujeto para imponer su voluntad sobre otro sujeto, es la dimensión interpersonal; (3) la organizacional o estratégica, el poder que controla los escenarios en que las personas pueden manifestar sus potencialidades e interactuar con los demás; y (4) la estructural, el poder que no solo opera en los escenarios sino que organiza y orquesta los escenarios mismos y que especifica la distribución y dirección de los flujos de la energía social (Wolf, 1990, pp. 1-2).

y una memoria en el discurso que se entrelazan para dar una visión de la realidad propia del sujeto social y en confrontación con otras visiones de la realidad.

Al considerar y plantear los resultados de estos análisis no se puede olvidar, en primer término, que las víctimas son personas, son seres humanos, son vidas y cuerpos que conforman un sujeto social que ahora interpela a la sociedad desde su realidad de sufrimiento y resistencia. Inicialmente las víctimas son quienes padecieron el horror y a quienes se les segó la vida y que luego llegan a ocupar un nuevo lugar en la memoria colectiva. En segundo término, la “víctima” es también colectiva, es comunidad, vidas y cuerpos victimizados, es otro “cuerpo”, de igual forma victimizado, pero silenciado por el temor y que se decide a hablar y a reclamar por sus muertos.

Una comunidad que deja el silencio y se va conformando en un nuevo sujeto social, como resultado de sus procesos comunitarios y colectivos, entre ellos los de construcción de memoria, se atreve a pronunciarse y a rescatar la dignidad de los suyos, que han sido falsamente acusados y vilmente asesinados. Surge, entonces, la conciencia de ser un sujeto social capaz de construir su futuro a pesar de lo que ha pasado y replantearse, con una nueva visión de vida. Al mirar hacia atrás se ve a aquellas primeras víctimas como “mártires”¹⁰⁶, y se construye un “relato fundante” que permite seguir dándole fuerza a una lucha que no termina y toma nuevas formas.

Así sucede en Afavit, en donde se mezclan diferentes generaciones y perspectivas en torno a la memoria y cuyo desafío, sin perder de vista ese relato fundante, es seguir impulsándolo aun en las nuevas generaciones. La apuesta intergeneracional es esencial, tanto en la reconstrucción de la memoria, como para que la comunidad, partiendo de ese relato fundante, proyecte una reconstrucción del futuro de la comunidad y de la sociedad, para que realmente se superen las condiciones que produjeron la

¹⁰⁶ El término mártir viene del griego *martir* y significa “ser testigo”.

victimización, y luego la revictimización. Superar esto debe ser una razón más para seguir con el proceso de memoria colectiva y generacional.

A partir del análisis de los diferentes discursos, dispuestos por Afavit para la investigación, se concluye que el sujeto social victimizado viene de un proceso previo y tiene ya una identidad campesina particular y anterior a la victimización misma, pues se había constituido a partir de un trabajo de organización y lucha social antes de los eventos mismos y que, como se mostró, tiene que ver con estas luchas sociales. En ese sentido el sujeto como sujeto-víctima que es provocado, en primer término, por las acciones por parte de los victimarios, luego se constituye en un sujeto social emergente, como un sujeto-testigo, que, a pesar de la interrupción de su proyecto inicial, campesino, ahora emprende un nuevo proyecto social, que pasa por la construcción de memoria, e intenta una nueva propuesta colectiva, la cual se esbozó en este trabajo a partir de su propio discurso.

El proceso de Afavit plantea que la lucha por los derechos de las víctimas, la denuncia de los hechos y la perspectiva de un futuro, pasa por la construcción de un testimonio personal que se convierte en un testimonio colectivo. Este testimonio colectivo incluye un relato fundante que va a ayudar a articular el proceso de construcción de memoria característico de este sujeto social en particular. Así la memoria se va constituyendo en una “memoria mediada”, en el sentido de ser una memoria reflexionada y elaborada por el sujeto social, y que va más allá de los testimonios y de la memoria personales.

La función de esta memoria mediada es fundamental en la construcción de la memoria colectiva, pero necesita del testimonio, como “memoria primera”, para irse formulando, de lo contrario sería un discurso sin el piso suficiente en la realidad de las víctimas y de sus anhelos más preciados. Ambas expresiones de la memoria se necesitan y se necesitan constantemente, pues si bien el discurso va tomando un lugar destacado en la organización de las víctimas y de sus luchas, el testimonio de las

víctimas sigue estando presente en la elaboración de los relatos de las víctimas, en las fotos, en las conversaciones, en las marchas o peregrinaciones; es decir, en los símbolos construidos a partir de los testimonios de las víctimas; es la “memoria simbólica” la que mantiene la relación entre estos dos momentos mencionados y que no permite que la “memoria mediada” y discursiva opaque a la memoria testimonial,; mantiene así un balance necesario en la memoria colectiva. La “memoria materializada” está presente en el testimonio de las víctimas, en la “memoria compartida” están los discursos que se van construyendo en torno a la primera y, finalmente, la “memoria simbolizada” hace el balance y mantiene una relación dinámica entre las dos (Figura 12).

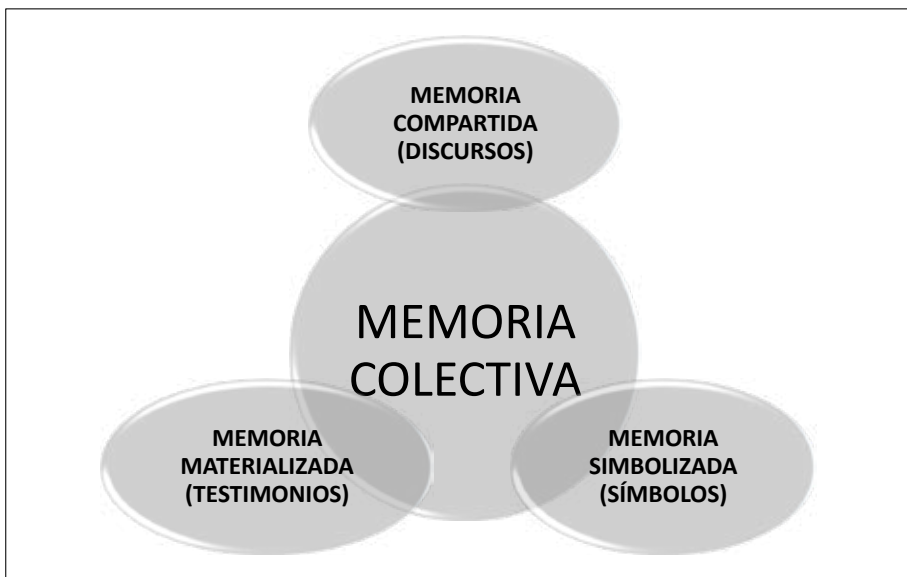


Figura 12. Memoria colectiva (esquema ampliado).

Fuente: Elaboración propia.

Estas formas de expresión se van articulando en propuestas que empiezan a dar identidad colectiva al sujeto y que se van formulando en el discurso más definido; hay una creciente formulación de propuestas de política pública en construcción,

junto con otros sujetos sociales afines y que van constituyendo un movimiento diverso de víctimas en Colombia. Paralelamente, en el proceso, se va dando una conciencia de las posibilidades del sujeto social, para buscar una salida alternativa a las formas de violencia, a través de diferentes procesos que se fundamentan en la construcción de memoria y en una identidad colectiva. La memoria mediada, apoyada en la memoria testimonial, puede así impulsar la conciencia alternativa frente a la realidad de violencia y victimización, pero una memoria mediada va a implicar un proceso de organización y una articulación con un movimiento social más amplio y abarcante, y con una praxis social más definida.

Esta conciencia pone, con frecuencia, en confrontación al sujeto social frente a otros sujetos y al Estado mismo, por lo cual puede darse una revictimización, nuevos hechos que desconocen a las víctimas y sus derechos, y por ende una situación de inconformidad de parte de las víctimas, frente a las acciones de reparación. A partir del análisis de la construcción de memoria, en este caso a través de los discursos, se puede entender que se cae en una situación circular, y “viciosa”, que solo se puede superar en la medida en que se da una real transformación de las condiciones victimizantes y la reivindicación del proyecto de vida del sujeto social victimizado.

A partir de la memoria colectiva se pretende plantear los cambios estructurales necesarios para construir sociedades justas y en donde se respete la dignidad humana. Pero este propósito implica, más que un trabajo de memoria, un trabajo político y cultural que no se puede llevar a cabo solamente desde la comunidad, como el caso de Afavit, y que por lo tanto requiere de un trabajo en red con otros sujetos, con el Movimiento de Víctimas y otros movimientos sociales. Se tiene claro que es necesario ampliar su trabajo en otros ámbitos y contactar a otras comunidades para aunar esfuerzos y compartir experiencias, así como hacer conciencia en las nuevas generaciones, en el horizonte de un nuevo país. Pero esta dinámica es compleja debido a la diversidad que presenta este sujeto social y a la resistencia desde lo social a sus reclamos.

En la Figura 13 se resume la circulación descrita del proceso que enfrentan las víctimas, y específicamente Afavit, en Colombia.

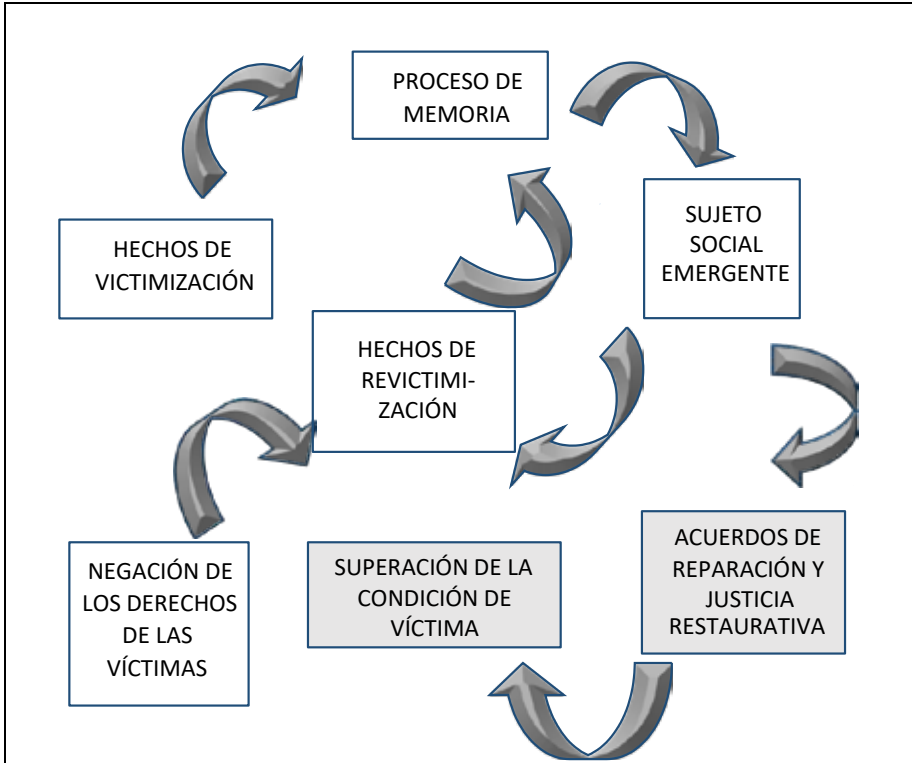


Figura 13. Compilación de la relación memoria-sujeto social.

Fuente: Elaboración propia.

Entonces, el proceso de memorización de Afavit mostró que es posible generar la conciencia necesaria en la colectividad, como en parte de su entorno, acerca de las dimensiones de la violencia, la cual va más allá de la “masacre” y se amplía a la violencia más generalizada y estructural. Se puede ver en sus documentos las diferentes formas como se concibe la violencia y la victimización: la violencia política, la violencia de tipo “limpieza social”, la violencia insurgente, la que proviene del narcotráfico y del paramilitarismo, la violencia de agentes del Estado que pasa por la

criminalización de la protesta social, la violencia selectiva en contra de grupos y movimientos, incluyendo los religiosos y sociales, la “guerra psicológica” y la violencia simbólica, expresada en las viejas y nuevas formas de estigmatización de las víctimas y de sus procesos de memoria.

También se mostró cómo se pueden generar caminos de superación de la condición de víctimas, a través de la construcción de la memoria colectiva, de la exigencia de los derechos vulnerados y para retomar los proyectos frustrados por las violencias y ubicarse en el horizonte de la reconciliación nacional y la salida negociada del conflicto; esto en la medida en que se articula con un movimiento social, al igual, emergente y diverso. Las dimensiones de la memoria colectiva, planteadas desde lo teórico, se van cristalizando en el proceso, de más de dos décadas, de Afavit. En primer término, en la materialización de sus esfuerzos de construcción de memoria y organización, por ejemplo, en el Parque Monumento. Luego, en el posicionamiento de un discurso propio como sujeto social emergente y en acciones de carácter nacional e internacional que van uniéndose a otras acciones de un movimiento de víctimas y de organizaciones sociales, un discurso que se resiste a ser asimilado por el discurso oficial de la memoria. Finalmente, se puede ver cómo este discurso ampliado del sujeto “víctimas”, va tomando un papel significativo en los procesos de diálogo con las FARC y en el horizonte de reconciliación nacional que acompaña este momento nacional.

Pero, finalmente, debe afrontar, como sujeto social, una serie de obstáculos, hacia el interior y hacia al exterior, en la conformación como sujeto; por ejemplo, resistir a esa asimilación, así como enfrentar la posible saturación de la memoria y su banalización. Pero también —seguramente lo de mayor dificultad— debe enfrentar la revictimización, que aún ronda alrededor de sus luchas y su organización, en medio de la esperanza que surge con los nuevos pasos de reconciliación en Colombia, en donde el aporte de las víctimas sigue siendo fundamental y con la expectativa de que esta vez “sí les cumplamos”. Lo anterior, igualmente, se pudo

constatar en el caso de Afavit. Se pudo contrastar su discurso con algunos discursos oficiales que tienden a homogeneizar su condición de víctimas con la condición de otras víctimas, sin tener en cuenta su particularidad, tanto en la victimización, así como en su perspectiva de la memoria y de las luchas por sus derechos.

Aunque hay una articulación de Afavit en un movimiento nacional de víctimas, no implica que su identidad particular, como organización y como sujeto colectivo, se esfume y se pierda dentro del movimiento y menos en el marco de la población general de las víctimas del conflicto, con las cuales se comparten algunos elementos, y también diferencias, según lo expuesto en el análisis de los distintos discursos y procesos mencionados. Por otro lado, se mostró cómo en el interior de Afavit también se experimenta el obstáculo o peligro, como parte del proceso de memoria, de una hipermemoria.

Dentro de la organización se experimentan momentos de saturación de la memoria y una posible pérdida del sentido y propósito de esta por parte de algunas de las víctimas. Sin embargo, se puede ver, a partir de sus discursos, que la organización mantiene una propuesta coherente en cuanto al horizonte utópico al cual se apunta con el proceso de memoria y de organización; se persiste en una propuesta de construcción de país desde la búsqueda del respeto por los derechos de las víctimas y sobre todo por la superación de las condiciones que permitieron, en un pasado, o que permiten, en un presente, la victimización. La búsqueda por una paz con justicia, por la verdad en sus diferentes dimensiones y por la reconstrucción, en parte, del proyecto frustrado como sujeto social victimizado es pues una constante en ese discurso fruto de la construcción de la memoria como víctimas. Así, para finalizar a partir de su propio discurso, aun en medio de la dificultad, se plantea la necesidad de persistir en la propuesta elaborada y luchada como un sujeto social emergente

Afavit quiere resucitar nueva, con conciencia clara de nuestros derechos y también de nuestros deberes como

familiares de víctimas de crímenes de lesa de humanidad. Con ánimo de continuar fortaleciendo el Parque-Monumento, símbolo de dignidad, de presencia de nuestros seres queridos; grito que se levanta contra la impunidad desde tantas vidas masacradas, contra la corrupción y contra los victimarios que no tendrán descanso, porque su obra destructora se verá siempre en ese monte que se levanta como el del Calvario, para gritar a las conciencias asesinas. El Parque-Monumento también es un apoyo a todos los hombres y mujeres que buscan la paz con justicia y abren caminos alternativos para construir una nueva sociedad. Trujillo está en la mira de muchos pueblos y países que se han solidarizado con nuestro dolor y nuestro proyecto de vida, eso nos anima a continuar soñando y alimentar la ESPERANZA de un mañana mejor. (Doc. 17, p. 59)